

LAS COSAS, COMO SON

Nos veremos en el Submarino

Por SEMPRONIO

NARCISO Monturiol, cuya memoria perpetúa en la Rambla de Figueras un monumento, muy manifiesto, va a tener en breve otro, discreto, en la avenida del Generalísimo de Barcelona. Duplicidad justa, pues si en la capital del Ampurdán vino al mundo, en La Sagrada barcelonesa dio el postrer suspiro. Lo dio, triste, abatido, pobre. El «Ictineo» había sido vendido como chatarra. Su glorioso motor terminó prosaicamente, impulsando un molino harinero de San Martín.

Bien venido, pues, el monumento barcelonés a Narciso Monturiol, ya casi listo. Protegiéndolo de prematuras miradas, amparando los postres toques del escultor, le han construido alrededor una garita de arpillera. Dentro tuve ayer el gusto de charlar con el autor.

—Como ves, me atengo al más feroz realismo —explica—. Nada de estilizar el submarino ni de perseguir simbolismos... La maqueta del «Ictineo» munda y lironda, para que la entienda todo el mundo.

José María Subirachs, que es el escultor, ambiciona que tiempo a venir, cuando la gente de la calle quiera referirse a ese triángulo limitado por la Diagonal y las calles de Provenza y Girona, diga «el Submarino». Que los novios, al citarse para el día siguiente, precisen: «Nos encontraremos a las siete en el Submarino». Toponimia popular, como la que dio origen al Cinc de Oros.

Si el monumento consiste en una maqueta fidelísima del «Ictineo», el lector se preguntará qué pito toca el escultor, en todo ello. Mucho más cuando Subirachs se ha hecho ya famoso por dos o tres cosas raras emplazadas en sendos y distintos parajes urbanos.

El submarino, en el monumento a Monturiol, se apoya en un soporte y aquí es donde se ha manifestado el peculiarísimo estilo del escultor.

—He querido evocar algo parecido a un órgano interno dando nacimiento al invento de Monturiol —declara el artista.

—Como la perla formada en la ostra, vamos —le respondo.

El soporte es de hormigón prensado. En vez de trabajar el hormigón, Subirachs trabajó el molde de madera y luego echó la argamasa dentro. Al desencofrar, la superficie del pedestal apareció rugosa, con huellas de fósiles marinos, que el escultor había tenido la precaución de cincelar en el molde.

No obstante, lo que más satisface al autor es la reproducción de la maqueta del «Ictineo», a la cual nada le falta, pues incluso los portillos son de cristal, iluminados por dentro.

—Espero que la gente se encantará viéndolo —aventura el escultor.

Sostiene la teoría de que el arte de mañana, ¡qué digo de mañana!, el arte de hoy, consiste en el mismo objeto, sin necesidad de que lo represente ningún artista.

—El arte abstracto ha llegado a un callejón sin salida —manifiesta—. La escultura y la pintura están acabadas. Empezamos la época del diseño industrial. Los objetos son bellos por sí mismos. No existe otro arte.

No me sorprendieron semejantes teorías, pues pocas horas antes me las había expuesto un conocido tratadista de arte, apóstol hasta hace pocos meses del llamado informalismo. De hacerle caso a él —y a Subirachs—, los amateurs peregrinarían por los almacenes de artículos electrodomésticos en vez de frecuentar galerías de arte, y ante determinadas neveras y máquinas de afeitar experimentarían éxtasis comparables a los que hasta aquí les provocaba la visión de un Greco o un Nonell...

Teorías aparte, el monumento que la Mutua Metalúrgica de Seguros ha erigido a Narciso Monturiol es original y bonito. El proyecto salió de un concurso. El jurado tuvo buen ojo.

—Cuando lo veas terminado, que será el próximo mes, el monumento propiamente dicho va a complementarse con el pequeño jardín de su alrededor. Bajo un olivo, grabada en una piedra del Cap de Creus, irá la dedicatoria —informa Subirachs.

La piedra ha sido elegida por Salvador Dalí, figuerense como Monturiol y con la febril imaginación de Monturiol. Los ampurdaneses, entre ellos, se protegen...

La intervención daliniana no resulta desplazada, por cuanto el «Ictineo» fue concebido en Cadaqués, donde en 1845, escapando de la persecución del Gobierno de Narváez, fue a parar el extremista Monturiol, quien de propagandista de las ideas del francés Cabet, inventor de la idílica y utópica Icaria, pasó a pintor de retratos, sacando partido de las lecciones que siendo jovencito le había dado Martí Alsina.

Y la frecuentación de los griegos que pescaban coral en las calas del Cap de Creus le inspiró la idea de un buque submarino. La bandera del «Ictineo», que se guarda en nuestro Museo Marítimo, ostenta muy visible una rama de coral, probablemente el primer objetivo que el inventor asignaba a su invento.

En la Mutua Metalúrgica de Seguros se abre hoy una exposición de objetos y recuerdos de Monturiol. Tanto o más que del inventor, los mismos dan idea del hombre, personalidad verdaderamente impar. Abogado, pintor, tipógrafo, propagandista socialista... De joven, editó un periódico titulado «El padre de familia» y otro llamado «La Fraternidad». En la senectud, económicamente fracasado como inventor, se ganó la vida escribiendo unos mamotretos tremendos: «Escenas históricas desde los más remotos tiempos hasta nuestros días» y «Hombres y mujeres célebres»...

Monumento y exposición interesantísimos.